

V

B

Ceda

rio

AIRE DE MI CIUDAD / ESTAMPA DE SAN CRISTÓBAL

*Por Hernando Téllez
escrita en 1934*

San Cristóbal Tiene Memoria

“Recuperando escritos de la historia”

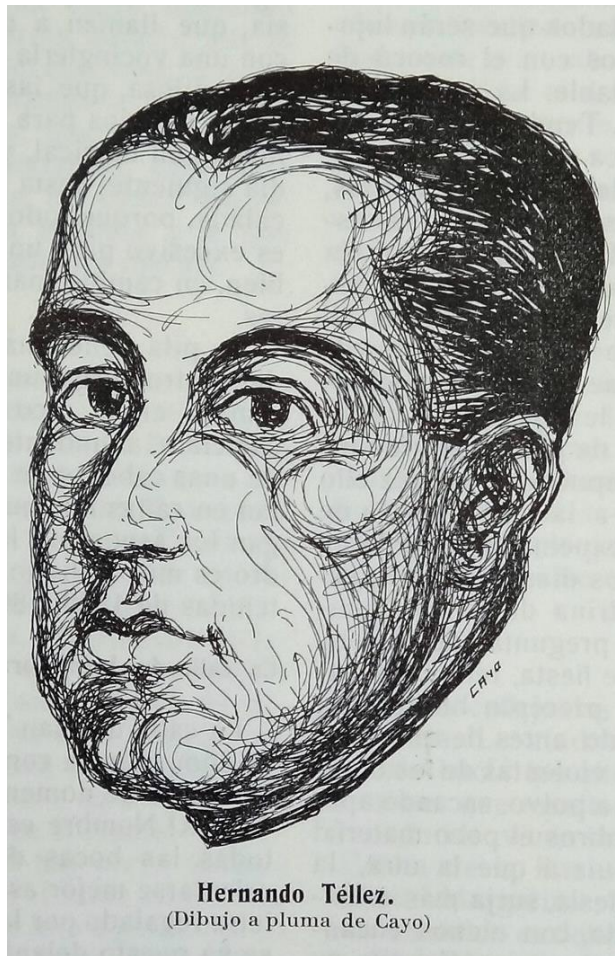
Alcaldía Local de San Cristóbal

Rubén Hernández Molina

AIRE DE MI CIUDAD 1934 ESTAMPA DE SAN CRISTÓBAL

Por Hernando Téllez (1908-1966)

Fuente: REGISTRO MUNICIPAL 1934



Hernando Téllez.
(Dibujo a pluma de Cayo)

Hernando Téllez (1908-1966)

Político, escritor crítico, columnista, periodista y diplomático colombiano. Empezó a contagiarse de la escritura trabajando en Mundo al Día, en la revista Universidad, trabajó en El Tiempo, fue político en el consejo de Bogotá en 1934, luego cónsul de Colombia en Francia, subdirector del periódico El Liberal, director de la revista Semana en 1947 y terminó siendo embajador en París.

Nota:

Este documento, debido a su relevancia histórica, se considera imperativo, así como su transcripción y reprografía, no sólo por el entorno que describe de San Cristóbal, sino también por la relevancia de su autor, como una provocación.

El **Aire de mi ciudad**, escrito en 1934, tiene tres estampas, *Estampa de Las Cruces*, *Estampa del Paseo Bolívar* y *Estampa de San Cristóbal*, que es la que nos atañe en este caso. (Registro Municipal, p.167,168. 1934)

"La civilización urbana prolonga ahora sus garras sobre el cuerpo de la sabana. Y los antiguos pueblos que conocieron una cierta vida plena y autónoma, un cierto esplendor, con sus propietarios de haciendas viviendo allí mismo, con su núcleo social y sus jerarquías y sus fueros, mueren como tales para resucitar como barrios de tercera clase urbana".

Hernando Téllez. "Elegfa",
en Confesión de parte, op. cit., pág. 143.

ESTAMPA DE SAN CRISTÓBAL

San Cristóbal, es una porción de ciudad que está casi olvidada y que se encuentra irrevocablemente pasada de moda. Hace doce, diez, tal vez ocho años, era lugar de fiestas, de veraneo dominical, de excursiones alegres que llenaban todos sus sitios, que penetraban todos sus rincones, que ponían en sus calles, tiradas a la mano de Dios, la decoración graciosa de un grupo de muchachas ataviadas con trajes florales, de una turba alocada de niños, de toda esa gente que brota de la ciudad hacia el campo los días domingos en busca de un sol mejor, de un sol auténtico ya que en los días de la semana sólo ha caído sobre sus patios un sol tímido, aterido y menesteroso.

Esa gente mantuvo durante mucho tiempo en el plano de la actualidad el barrio de San Cristóbal. Y como era tanta la afluencia, se instaló una línea de tranvías que partió en dos el gran tapiz de los campos y afianzó su fuerza, su velocidad y su escándalo mecánico, sobre un paisaje de silencio, de quietud y de bondad agrícola. Así, el tranvía eléctrico corre presuroso por entre los grandes cuadros de hortalizas, por entre la campiña que se da un baño de oro a las cinco de la tarde cuando la luz ha perdido ya esa fiereza del medio día y se puede mirar el sol sin que los ojos se encandilen. El tranvía va sonando la campanilla que prolonga su sonoridad por todo el ambiente. Suena con insistencia como si el conductor tuviera necesidad de exteriorizar así su alegría. Alegría porque ve el camino límpido, despejado de obstáculos y porque lleva una liviana carga. Apenas unos diez pasajeros, entre los cuales

siempre habrá una linda muchacha que tiene la piel tostada, trabajada ausente por el viento y el sol. Por toda la tarde grita la campanilla su alborozo y los hombres que cuidan de los sembrados se detienen en sus faenas mientras pasa el carro eléctrico y se quedan quietos mirándolo hasta que ya no es más que una cosa confusa entre los árboles y las nubes.

San Cristóbal es todavía la ciudad y es el campo. Esta dualidad de su destino es su mejor prenda, su más estricta cualidad. La mano rapaz del urbanizador, que va quebrando paisajes con una inconsciencia dolorosa, no ha caído todavía sobre este barrio que conserva su sello de rusticidad. Solamente por allá, de vez en vez, aparece un ordenado caserío, unas pocas casas rectas en que consta el paso de la autoridad municipal. Todo lo demás está puesto sobre sus colinas, sobre sus polvosos caminos, sobre sus estrechas veredas, así como al azar, imprevisiblemente en delicioso desorden. Ha crecido como un buen muchachote campesino.

El río del barrio.

El río de San Cristóbal tiene su origen orgulloso. Baja de unas montañas que mantienen fresco su verdor por el vaho helado que sobre ellas respira la boca del páramo. Así están siempre lustrosas relucientes, como si las acabaran de hacer. El sol, a la tarde, no logra cambiarles el color como a sus vecinas que sí se cambian de traje para entrar en la noche. Sólo un agudo daltonismo podría confundir esta profunda acentuación del verde, sobre la variedad de tonos que brillan sobre el río.

Es impetuosa la corriente de agua en el primer tercio de su recorrido. Desciende estruendosa, con ímpetu excesivo, llenando todo el contorno de ruido. De lejos, sin ver el río, se presume que el caudal es inmenso. Pero al asomarse sobre él, se le ve dándose de cabezadas contra las piedras, que no le dejan el paso libre y que las llena, en derredor, de la espuma blanca de su furia. Las piedras resisten impasibles esta rabia sonora que no cesa, que no descansa, que no amengua sino cuando los calores de un verano prolongado han adelgazado el río hasta el extremo de mostrar a todos, sin rubor, sus reseca entrañas de arena.

El río de San Cristóbal tiene un curso accidentado, como corresponde a todo río que viva una parte de su destino en la ciudad. Ha torcido sus aguas muchas veces para esquivar la canalización, esa operación dolorosa que hacen los hombres para guardar el caudal, como entre un estuche, debajo de las calles. De esta suerte se le encuentra en zig zag, serpentearlo hacia la izquierda unas veces, hacia la derecha otras, huidizo, tratando de conservar su integridad gracias a esta treta ingeniosa.

Las mujeres del barrio quieren bien a su río. Y mejor, los niños, que en él se bañan con delectación a pesar de que conserva el frío original que le prendieron las montañas de donde brota. Las mujeres humildes cantan todo el día sobre él, arrullando, festejándolo para que siempre venga así de magnífico, de plateado, de estruendoso. Cantan las lavanderas de San Cristóbal unas coplas ingenuas, con voz alegre que se siente por sobre el estrépito de las aguas. La copla dice unas veces del amor engañando, de la mujer que no sabe serlo con su hombre, otras aluden sutilmente al menester en que trajinan.

Y así, toda la mañana, toda la tarde, está llena de cantos, de gritos, de exclamaciones. Para el río hay muchas coplas. Con ellas se podrían hacer un breve tomo, sin autor, que sería el mejor elogio de esa bella corriente. Las coplas han sido puestas en labios de las lavanderas, cuando niñas. Y ahí se les han quedado para siempre, sin que nadie pueda aventurarse en su origen. Su pequeña cultura es un friso de canciones.

La capilla.

La torrecilla se eleva agudísima en competencia con el árbol sembrando en el huerto de la casa cural, que ganó en esta rivalidad, porque es más alto. No tiene fronda sino en la cumbre, pudiendo darse el lujo de oscurecer la casita de las campanas y medio frente de la capilla, el frente, que es minúsculo, apenas unos tres metros, y que ostenta una portezuela de rubia madera tallada sencillamente y adornada con un motivo que se repite en sus ángulos. El carpintero que la hizo era seguramente un hombre de escasa imaginación, pero discreto y sobrio.

La capilla tiene unos ventanales con vidrios de colores en que hay dibujadas escenas de la pasión del Señor. El sol hace con ellos, al proyectar su luz hacia el interior de la capilla, los juegos más extraordinarios, más imprevistos. Descompone toda la gama y la pasea así desvanecida, mezclada mágicamente por todos los rincones de la iglesia. Como un niño que jugara con un espejo en que tiene preso un rayo de luz, coloca unas veces todo eso que es rojo y amarillo y azul, sobre la cabeza del Niño Dios, sobre la frente llena de espinas del Nazareno, sobre el manto repleto de estrellas de Nuestra Señora del Carmen. Es una faena que empieza a practicar desde medio día y que no concluye sino cuando las campanas sueltan su voz para llamar a rosario. Entonces se encienden las bombillas eléctricas que vencen en un instante el último esfuerzo del jugador de colores.

La casa cural está contigua a la capilla. Vive en ella un sacerdote español, rollizo y simpático, que sale a tomar el sol, por las tardes, al atrio diminuto, donde se pasea satisfecho y tranquilo. Parece que estuviera rezando, por el temblor que se le nota en los labios, pero al acercarse se percibe un dejo de canción. Es que el religioso tararea aires musicales con voz pianísima. En la calle, el agente de policía y un niño que le ha prestado la raqueta, juegan una interminable partida de tenis. El sacerdote mira con ojo bovino la alegría del policial.

A las seis de la tarde, ya la capilla está llena de mujeres y de chiquillos. Hay rostros muy bellos enmarcados por el rebozo y el pañolón.

Los tejares.

Los tejares de San Cristóbal son las grandes heridas que los hombres industriales abrieron en aquellas colinas. Hay tejares por todas partes, a la vuelta de todas las callejuelas. El laboreo del barro en su sistema más primitivos, se practica allí cotidianamente. El dueño del tejar, en la mayoría de los casos, no es más que otro obrero, más afortunado que sus compañeros, pero eso y nada más, al fin y al cabo.

Los hornos de los tejares son el gran fondo del paisaje de San Cristóbal. Un fondo ocre, como de canela, que eleva su arquitectura similar por todos los rincones. A donde vaya el caminante encontrará siempre prendida la llama que transforma el barro y que le da al adobe, para que se vaya por el mundo, unos colores de fiesta...

Fuentes:

REGISTRO MUNICIPAL 1934

HERNANDO TÉLLEZ (1908-1966): APUNTES PARA UNA BIOGRAFÍA

Autor: Sara González Keelan

Revista Ibero americana, Vo I. LXXXIV, Núm. 262, Enero - Marzo 2018, 25 - 41

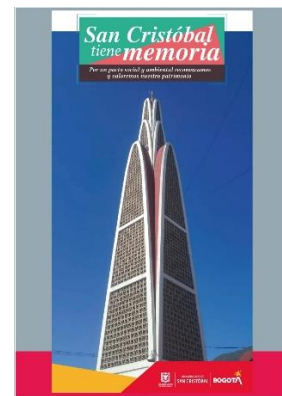
Hernando Téllez: un consumado estratega

JORGE H. CADAVID. Trabajo fotográfico: Mauricio A. Osorio y Germán Téllez.

Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. 32, N°. 40, 1995

Tomado de:

REGISTRO MUNICIPAL 1934



San Cristóbal Tiene Memoria

...recuperando escritos de la historia/

Alcaldía Local de San Cristóbal

RHM

Nota: Fiel copia del escrito original transcrito por su importancia para la localidad.

Fuente: Sala de libros patrimoniales "José Félix Patiño".

Biblioteca Central Universidad Nacional de Colombia.

Alcaldía Local de San Cristóbal

2023